

ENTRE PÉRDIDA Y LEGADO: LOS PAISAJES DEL DESCENSO DEL LAGO DE PÁTZCUARO

JAHZEEL AGUILERA LARA

Escuela Nacional de Ciencias de la Tierra,
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México

Aceptado para publicación 21 de mayo de 2026

Resumen

Este trabajo explora la dimensión cultural del cambio ambiental a partir del descenso del nivel del lago de Pátzcuaro ocurrido en la década de 1920, entendido como una escena histórica que dialoga con la crisis climática contemporánea. El análisis se articula en torno a una interrogante central: ¿qué herencias —materiales, simbólicas o afectivas— emergen cuando el agua retrocede y qué nos dice la recurrencia de este fenómeno sobre los legados del cambio ambiental? Abrevando en los conceptos de *paisaje antroposcénico* e *historia anticipatoria* propongo una lectura del lago como un “archivo estratificado” donde el retroceso de las aguas reactiva memorias, conflictos territoriales y narrativas de crisis que resuenan con el presente. A través de documentos de archivo, mapas y testimonios de la época examino cómo la emergencia física de nuevas tierras movilizó tanto a comunidades indígenas como al Estado posrevolucionario, revelando tensiones irresueltas sobre la propiedad y el sentido del lugar. Al vincular este episodio histórico con el descenso registrado en 2024 sugiero que la repetición de esta “escena de deterioro” nos obliga a renegociar los valores que atribuimos a la pérdida, mostrando que los paisajes de crisis son también espacios donde persisten y se actualizan otras formas de habitar el territorio.

Palabras clave: cambio ambiental histórico, Antropoceno, paisaje, memoria.

BETWEEN LOSS AND LEGACY: THE LANDSCAPES OF LAKE PÁTZCUARO'S RECESSION

Abstract

This work explores the cultural dimension of environmental change through the recession of Lake Pátzcuaro during the 1920s, understood as a historical scene that dialogues with the contemporary climate crisis. The analysis is articulated around a central question: what legacies—material, symbolic, or affective—emerge when the water recedes, and what does the recurrence of this phenomenon tell us about the legacies of environmental change? Drawing on the concepts of anthropogenic landscape and anticipatory history I propose a reading of the lake as a “stratified archive” where the retreating waters reactivate memories, territorial conflicts, and narratives of crisis that resonate with the present. Through archival documents, maps, and period testimonies I examine how the physical emergence of new lands mobilized both Indigenous communities and the post-revolutionary State, revealing unresolved tensions regarding property and the sense of place. By linking this historical episode with the recession recorded in 2024 I suggest that the repetition of this “scene of deterioration” forces us to renegotiate the values we attribute to loss, showing that landscapes of crisis are also spaces where other forms of inhabiting the territory persist and are updated

Keywords: historical environmental change, Anthropocene, landscape, memory.

ENTRE PERDA E LEGADO: AS PAISAGENS DO DESCENSO DO LAGO DE PÁTZCUARO

Resumo

Este trabalho explora a dimensão cultural da mudança ambiental a partir do descenso do nível do lago de Pátzcuaro ocorrido na década de 1920, entendido como uma cena histórica que dialoga com a crise climática contemporânea. A análise articula-se em torno de uma questão central: que heranças —materiais, simbólicas ou afetivas— emergem quando a água recua e o que a recorrência deste fenômeno nos diz sobre os legados da mudança ambiental? Baseando-me nos conceitos de paisagem antroposcênica e história antecipatória proponho uma leitura do lago como um “arquivo estratificado” onde o recuo das águas reativa memórias, conflitos territoriais e narrativas de crise que ressoam com o presente. Através de documentos de arquivo, mapas e testemunhos da época examino como a emergência física de novas terras mobilizou tanto comunidades indígenas quanto o Estado pós-revolucionário, revelando tensões não resolvidas sobre a propriedade e o sentido de lugar. Ao vincular este episódio histórico com o descenso registrado em 2024

sugiro que a repetição desta “cena de deterioração” nos obriga a renegociar os valores que atribuímos à perda, mostrando que as paisagens de crise são também espaços onde persistem e se atualizam outras formas de habitar o território

Palavras-chave: mudança ambiental histórica, Antropoceno, paisagem, memória.

Introducción

En el verano de 2024, el lago de Pátzcuaro retrocedió varios metros a causa de una sequía prolongada que dejó algunas islas casi unidas a tierra firme. Ese año fue uno de los más calurosos registrados en México: tres cuartas partes del país enfrentaron algún grado de sequía y muchas presas cerraron la temporada con niveles por debajo del cincuenta por ciento (NASA Earth Observatory, 2024). Otros lagos como Cuitzeo, en Michoacán, y Chapala, en Jalisco, también experimentaron reducciones drásticas en su volumen (Martínez Elorriaga, 2024).

En el lago de Pátzcuaro, la escasa profundidad alcanzada afectó temporalmente la navegación, el modo de vida de las poblaciones lacustres y la vida económica de la región. Las imágenes del lecho agrietado circularon ampliamente en los medios, acompañadas de narrativas sobre su posible desaparición (Alís, 2024). Una nota televisiva reportaba la reubicación del embarcadero principal unos treinta metros de su ubicación original y cómo, debido a la poca profundidad, las embarcaciones que se dirigían a la icónica isla de Janitzio quedaban a menudo atascadas en el barro. El emblemático paisaje del lago de Pátzcuaro aparecía en todos lados convertido en un signo de crisis (TV Azteca, 2024).

Sin embargo, esta no era la primera vez que las poblaciones lacustres veían al lago retroceder. Esta imagen de deterioro tenía un aire inquietante de retorno. Cien años antes, durante la década de 1920, la región había presenciado una escena semejante: las barcas inmóviles, las redes vacías, los muelles convertidos en pasarelas sobre el polvo. Se trata de una escena que ha resurgido varias veces a lo largo del tiempo, marcando la recurrencia de un mismo proceso ambiental bajo distintas condiciones históricas. ¿Qué nos dice la repetición de esta escena —su retorno— sobre los legados del cambio ambiental? ¿Cómo pueden estos escenarios de transformación ecológica ya ocurridos ayudarnos a pensar los valores que atribuimos a los paisajes en transformación? ¿Qué herencias —materiales, simbólicas o afectivas— emergen cuando el agua retrocede?

Este trabajo examina el descenso del nivel del lago de Pátzcuaro durante la década de 1920 como una escena histórica del cambio ambiental¹. Cabe señalar que, si bien

¹ Esta investigación se fundamenta en fuentes archivísticas del Archivo Histórico del Agua (AHA), el cual resguarda

este estudio no tiene por objeto la reconstrucción de los niveles del lago, el episodio de descenso aquí discutido no ha sido previamente estudiado. El interés de este trabajo, sin embargo, se enfoca en la dimensión cultural del cambio ambiental, atendiendo a cómo la memoria moldeó la comprensión de este proceso y las respuestas que suscitó. Al indagar en la memoria de estos descensos, propongo que estos paisajes de cambio ambiental nos obligan a renegociar qué valoramos y qué decidimos olvidar en tiempos de incertidumbre ecológica. El foco está en la significación cultural del cambio y en la manera en que los paisajes históricos —junto con los relatos que las acompañan— dialogan con un presente marcado por la crisis y la pérdida.

Abrevando de los conceptos de paisaje antroposcénico (Matless, 2017) e historia anticipatoria (DeSilvey, 2012; DeSilvey y Harrison, 2020), propongo una lectura que entrelaza los procesos materiales de transformación ecológica con las formas culturales de recordar, valorar y proyectar el paisaje en el tiempo. A través de este caso, sostengo que el análisis de paisajes históricos de transformación ecológica permite reconocer formas no lineales de temporalidad ambiental y modos alternativos de relación con el territorio que persisten —y reaparecen— en momentos de crisis.

El contenido se organiza en tres apartados principales. El primero contextualiza el episodio reciente de 2024 dentro de una historia más amplia de fluctuaciones en el nivel del lago. El segundo se centra en la década de 1920, cuando el descenso del lago produjo nuevas representaciones, disputas y formas de gestión del territorio. El tercero propone una lectura del paisaje como archivo estratificado, donde los procesos de transformación ecológica dialogan con formas culturales de memoria. El cuarto retoma el presente para pensar, a partir de ese diálogo temporal, cómo los paisajes que emergen o se reactivan a raíz del cambio ambiental pueden ser leídos como patrimonio.

Contexto histórico ambiental: los cambios en el nivel del lago a lo largo del tiempo

Para entender ambos episodios de descenso es importante colocarlos dentro de un contexto más amplio. El lago de Pátzcuaro, ubicado en la región central del estado de Michoacán, es un cuerpo de agua de origen volcánico que forma parte del territorio histórico y contemporáneo de los P'urhépecha, uno de los cuatro pueblos originarios que habitan este estado de la república. Se trata además de un sistema lacustre cerrado y altamente sensible a las variaciones climáticas, cuya existencia depende de un delicado balance hídrico regional entre precipitación y evaporación. Históricamente, la altitud de su superficie ha oscilado generalmente entre los 2.035 y 2.041 metros sobre el nivel del mar (m.s.n.m.), ubicándose en la actualidad en el límite inferior de este rango (2.035

documentos desde el periodo colonial hasta la actualidad relacionados con la administración del agua, incluyendo aquellos referentes a cuerpos de agua. Los documentos sobre la disminución del nivel del lago de Pátzcuaro en la década de 1920 fueron elaborados o conservados por la Secretaría de Agricultura y Fomento.

m.s.n.m.). Estas fluctuaciones, que han variado tanto en el largo como en el corto plazo, ofrecen un trasfondo importante para interpretar los episodios de 1920 y 2024, revelando la orilla del lago como una zona de transición móvil.

En los registros coloniales ya aparecen referencias a periodos de disminución significativa del nivel del agua, asociados con sequías como las de los años 1560-1600 o el año 1785, que expusieron tierras antes sumergidas y alteraron las formas de circulación y uso del espacio ribereño (Endfield y O'Hara, 1997; O'hara, 1993). Durante el siglo XIX, el nivel del lago continuó fluctuando: un terremoto ocurrido en 1858 provocó un ascenso súbito del agua y aisló una porción del terreno cercano a Jarácuaro; algunas décadas más tarde, sin embargo, el lago volvería a descender (Garduño-Monroy *et al.*, 2011). Para inicios del siglo XX su superficie era mayor que la actual, pero ya mostraba señales de inestabilidad (O'hara, 1993). El descenso de 1920 se inscribe, por tanto, en una secuencia de retrocesos y recuperaciones que son parte de la historia ambiental del lago, aunque en ese momento adquirió un significado particular al coincidir con la reorganización agraria posrevolucionaria. En la actualidad, sin embargo, su descenso se percibe como un indicador local de los efectos del cambio climático global en la región (Bernal-Brooks, 2002; Metcalfe y Davies, 2007).

Esta variabilidad hidrológica también tiene consecuencias importantes en la morfología del paisaje, llegando a determinar la existencia misma de islas. Lugares como Apu-puato, por ejemplo, poseen una presencia intermitente; solo existen como isla cuando el lago supera los 2.041,5 m.s.n.m. Un caso similar ocurre con Copujo (Cuyameo), donde la insularidad depende de una ventana estrecha entre los 2.039 y 2041,4 m.s.n.m.; fuera de ese rango, el lugar se funde con el continente o desaparece bajo el agua

Históricamente, la exposición de nuevas tierras causada por el descenso del lago también ha generado disputas territoriales entre comunidades indígenas y hacendados. Desde la época colonial, los pueblos ribereños sufrieron el despojo de tierras, especialmente en los periodos en que el agua descendía y las orillas retrocedían (Endfield y O'Hara, 1997). El episodio de descenso de 1920 se inscribe así, en una larga historia de disputas por la tierra y los recursos, donde cada retroceso del agua reaviva conflictos sobre propiedad y acceso.

Más allá de su dinámica ambiental, el lago ocupa un lugar destacado en el imaginario nacional como emblema de lo mexicano, una posición consolidada a lo largo del siglo XX mediante políticas culturales que promovieron su paisaje como ícono de identidad. Al igual que el Valle de México —centro del llamado imperio mexica y antaño caracterizado por un vasto sistema lacustre—, el lago de Pátzcuaro fue el corazón del Estado p'urhépecha o tarasco, que compitió en importancia con el primero.

Precisamente porque el lago ha funcionado como icono nacional, su deterioro actual adquiere una resonancia pública particular, al activar sentimientos de pérdida, preocupación ambiental y debates sobre responsabilidad y gestión. En conjunto, la recurrencia de estos eventos nos habla del lago de Pátzcuaro como un paisaje cambiante y,

por otro lado, de la existencia de una larga memoria social asociada con estos periodos de descenso. Memoria que, como exploraremos más adelante, retorna a la superficie cuando el agua se retira, activando pasados no resueltos.

La historia social del descenso, década de 1920

Entre 1919 y 1926, el lago de Pátzcuaro experimentó un descenso en sus niveles de agua que, aunque de corta duración, tuvo efectos socioambientales significativos. Los testimonios y levantamientos topográficos de la época registran cómo el agua se retiró varios metros, dejando al descubierto nuevas franjas de tierra y, al mismo tiempo, las capas sedimentadas de viejos conflictos sobre la propiedad (AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1796, Folder 25316, f. 159). Al igual que había ocurrido en otros periodos de sequía, la exposición de tierras reavivó las viejas disputas territoriales entre comunidades y hacendados sobre la propiedad y el acceso a los recursos emergentes. La diferencia es que, en esta ocasión, el retorno de la sequía se encontró con un paisaje político marcado por el surgimiento del Estado posrevolucionario.

Sarah O'Hara (1993) estima que, a comienzos del siglo XX, el lago de Pátzcuaro se encontraba aproximadamente a 2.040 m.s.n.m y cubría una superficie superior a los 110 kilómetros cuadrados (Km²). Los informes técnicos elaborados durante la década de 1920 determinaron que el lago había descendido, en promedio, alrededor de 2.5 metros respecto a la línea de las “altas aguas con la máxima absoluta registrada” (AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1796, Folder 25316, f. 159). Considerado en conjunto, este descenso situaría el nivel del agua hacia los 2.037–2.038 m.s.n.m., una variación suficiente para transformar de manera visible la morfología del lago, exponer amplias extensiones de terreno y alterar de forma significativa las condiciones de navegación, pesca y acceso a la ribera.

En el caso de las comunidades los reclamos sobre las tierras emergidas se articulaban fundamentalmente en torno a la supervivencia y la restitución de tierras, haciendo visible una memoria territorial que aprovechaba el descenso para exigir justicia. Los reclamos se expresaban mediante argumentos diversos, que abarcaban desde la posesión inmemorial hasta la restitución y la dotación agraria. Por ejemplo, la Comunidad Indígena de Jarácuaro solicitó desde agosto de 1919 el aprovechamiento de los terrenos que estaban “por descubrirse” para sembrar maíz, trigo y frijol, argumentando derechos ancestrales a las tierras del lago (AHA, Fondo Aprovechamientos Superficiales, Caja 4419, Folder 58243). En tanto, la Comunidad de Tzintzuntzan pidió la adjudicación de las zonas baldías situadas entre la propiedad federal y la particular en nombre de “todo el pueblo pobre”, mientras que la Liga de Comunidades y Sindicatos Agraristas de Morelia exigía títulos gratuitos para los pueblos ribereños (AHA, Fondo Aprovechamientos Superficiales, Caja 4419, Folder 58244).

Algunos pueblos como Jarácuaro y Erongaricuaro también presentaron documentos históricos para probar sus derechos ancestrales sobre las tierras de la ribera del lago, estableciendo un puente directo entre sus necesidades contemporáneas y su derecho ancestral.

tral sobre el territorio. En el caso de Jarácuaro, la comunidad presentó la copia de un título de dominio, en el que se profundiza más adelante². Mientras que el pueblo de Erongarícuaro presentó una serie de documentos que identificaban como “antiguos y auténticos” y que mostraban los viejos límites del fundo legal³ del pueblo. Estos últimos fueron descritos como “deficientes y confusos” pues no permitían identificar con claridad los puntos geográficos mencionados (AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1796, Folder 25316, f. 159).

No obstante, las solicitudes de las comunidades, la mayoría de estas tierras fueron apropiadas por propietarios privados, quienes vieron en el censo una oportunidad de expansión de su patrimonio. Los dueños de haciendas colindantes al lago, extendieron los límites de sus propiedades, asumiendo que las tierras desecadas eran una extensión natural de las mismas. Tal fue el caso, en la ribera occidental, de las haciendas de Carichero y Napízaro que entraron en conflicto con la Comunidad de Erongarícuaro; y en la ribera sureste —situada cerca de la ciudad de Pátzcuaro—, de la Hacienda de Ibarra. Esta apropiación privada actualizó en el espacio físico una herencia de despojo, bloqueando el acceso de los pueblos a su territorio.

Al quedar las nuevas propiedades interpuestas entre los pueblos y el lago, muchas comunidades también perdieron el acceso al cuerpo de agua, su principal fuente de subsistencia. Los embarcaderos quedaron alejados de la orilla, interrumpiendo la navegación, la pesca y el comercio, y con ellos buena parte de la vida económica y social que dependía del lago. Tal fue el caso de la Comunidad de Cucuchucho, quienes en 1922 denunciaron el cercamiento de los terrenos emergidos por parte de propietarios privados, obstaculizando el paso a los embarcaderos del pueblo y al lago. Ante esta situación, la comunidad solicitó la cesión gratuita de una franja de terreno descubierta para habilitar un nuevo embarcadero público, apelando a la estricta justicia y al carácter de interés colectivo que revestía su petición (AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1795, folder 25300, f.1).

El inicio del episodio de censo coincidió con el final de la fase armada de la Revolución Mexicana y la instrumentación del nuevo orden legal emanado del Artículo 27 de la Constitución de 1917. Este mandato, que elevó a rango constitucional los principios de la Ley Agraria del 6 de enero de 1915, estableció el dominio directo de la Nación mexicana

2 En términos generales, el documento presentado por la comunidad se inscribe en la tradición de los llamados títulos primordiales. Los títulos primordiales son documentos originarios de la época colonial sobre la tenencia indígena de la tierra, destinados a dar cuenta de los derechos ancestrales de propiedad, enfatizando la fundación de los pueblos y los límites de sus tierras. Generalmente fueron elaborados por escribanos locales, combinando información de documentos más antiguos y de la tradición oral (Florescano, 2002; Oudijk y Romero Frizzi, 2003; Roskamp y Monzón, 2020). Durante el siglo XX, aquellas comunidades que conservaron sus títulos primordiales los presentaron ante los tribunales agrarios para reclamar derechos sobre la tierra, tal como lo hizo Jarácuaro.

3 Durante la época colonial, las Leyes de Indias otorgaron a cada comunidad el derecho de poseer un fundo legal con parcelas que solo los miembros de la comunidad indígena podían cultivar. Estas eran tierras comunales, sobre las cuales las personas únicamente tenían derechos de usufructo y que, en teoría, no podían comprarse ni venderse. Sin embargo, según el historiador James Greenberg (1989), el fundo legal también obligaba a las comunidades a delimitar un territorio, dejando el resto de la tierra libre para la ocupación española.

sobre los recursos naturales y facultó a los pueblos para recuperar sus terrenos mediante la figura de la restitución y la dotación ejidal (Aguilera Lara, 2022; Wakild, 2011). En la región de Pátzcuaro, el descenso del lago se inscribió en este contexto de movilización agrarista⁴. Sin embargo, la emergencia física de nuevas tierras planteó un dilema jurídico: determinar si el suelo descubierto debía ser restituido a las comunidades como parte de su patrimonio ancestral despojado, o si constituía un bien federal de nueva creación sujeto a dotación o arrendamiento.

El descenso de las aguas del lago de Pátzcuaro y la gestión de las nuevas tierras emergidas se convirtieron en un asunto federal como consecuencia de la implementación del Artículo 27 Constitucional, el cual, entre otras disposiciones, definía la propiedad de los cuerpos de agua. En este contexto, el 15 de abril de 1921, el Gobernador de Michoacán pidió al gobierno que los lagos de Pátzcuaro, Cuitzeo, Zirahuén y Tacatzcuaro fueran reconocidos como estatales para regular la pesca, navegación y uso agrícola de las zonas de playa emergidas. La respuesta de la Dirección de Aguas fue que Pátzcuaro y Cuitzeo ya habían sido declarados propiedad federal en 1919 y 1920, respectivamente, por lo que todo suelo descubierto pasaba automáticamente a dominio federal. Como resultado, la Secretaría de Agricultura y Fomento se consolidó como la única autoridad con facultad para arrendar o adjudicar tierras, desplazando así a las estructuras de poder local.

Para poder ejercer su autoridad y administrar los terrenos descubiertos, el gobierno federal debía establecer hasta donde llegaba el lago, definiendo así los límites de su propiedad. La fijación de esta frontera constituía la condición previa indispensable para cualquier gestión administrativa; de ahí que la respuesta de la Secretaría a las solicitudes comunitarias fuera postergar cualquier resolución hasta que se deslindara la Zona Federal y se identificaran los terrenos vacantes. Sin embargo, esta voluntad ordenadora chocó con la falta de recursos económicos y la insuficiencia de personal técnico, convirtiendo el deslinde en un proceso lento y fragmentario. Así, aunque muchas comunidades solicitaron acceso a las tierras emergidas, solo la petición de Erongarícuaro prosperó, dando lugar en 1923 al levantamiento topográfico de la orilla del lago en ese tramo.

En una primera instancia, las autoridades propusieron definir el vaso del lago a partir de la línea de las altas aguas con la máxima absoluta registrada, es decir, tomando como referencia los niveles más altos que el agua había alcanzado en el pasado. Para determinar el límite de las aguas altas se tomaron diferencias de nivel en puntos identificables por los vecinos, como las marcas del agua en los muros de una propiedad, señales en las calles del pueblo y piedras que habían estado sumergidas. Sin embargo, este criterio fue descartado por la Secretaría de Agricultura y Fomento al considerarlo representativo

4 El agrarismo fue un movimiento social y político que surgió durante la Revolución Mexicana y que exigía la redistribución de la tierra. En Michoacán, el primer sindicato agrarista se fundó en noviembre de 1921 por representantes de las comunidades de la región de Zacapu, al noroeste del lago de Pátzcuaro, considerada el corazón del agrarismo en el estado.

de episodios excepcionales. En su lugar, se ordenó establecer la curva límite del vaso a partir del promedio entre los niveles máximos y mínimos observados, 2.272 metros por debajo de la marca de la máxima histórica. La Zona Federal propiamente dicha se estableció como una faja de 10 metros de ancho, medidos tierra adentro a partir de la curva límite (Figura 1).

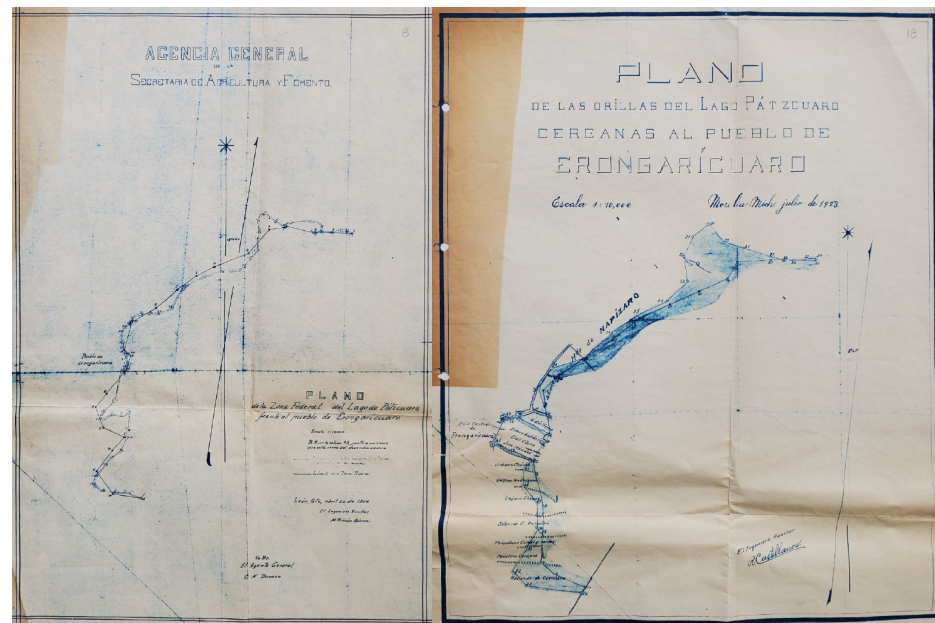


Figura 1. Planos del deslinde de la Zona Federal en Erongarícuaro, 1923 (línea de “máxima absoluta”) y 1924 (promedio de niveles máximo y mínimo).
Fuente: AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1796, Folder 25316.

Los ingenieros también intentaron estimar el ritmo del descenso a partir del tronco de un ahuehuete que, de acuerdo con los/as pobladores/as, había comenzado a emerger en la orilla a principios de 1920. Con base en su tamaño y características, se dedujo que el árbol había crecido en un terreno que había permanecido seco durante un periodo prolongado en el pasado, al menos una década, lo que sugería que el descenso del lago era parte de una dinámica recurrente. Tres años y medio después del hallazgo, durante la inspección de la orilla, el tronco ya sobresalía 0.55 metros. A partir de esta medida, se calculó una baja media anual de 157 milímetros. Comparando ese ritmo con el desnivel total promedio, el ingeniero estimó que se necesitaban entre 28 y 30 años para que el lago volviera a alcanzar su nivel más alto desde su punto más bajo. Estas estimaciones, construidas a partir de rastros materiales y memorias locales, no solo buscaban describir el descenso, sino hacerlo legible y administrable para la toma de decisiones estatales.

Una vez trazados, precariamente, los límites, la política del gobierno para gestionar

las tierras recuperadas no fue la restitución reclamada por los pueblos, sino la implementación de un sistema fiscal de arrendamiento. Se determinó que los terrenos desecados, al ser bienes de dominio público inalienables, solo podían ser explotados mediante contratos de renta temporal. En 1926, hacia lo que parece haber sido el final del periodo de descenso, las autoridades agrarias decidieron continuar ese proceso y trazar los límites del lago, al constatar que buena parte de la ribera estaba siendo ocupada o cultivada dentro de una zona considerada federal⁵.

Memorias sedimentadas

El episodio antes descrito, aunque distante en el tiempo, reverbera con un presente marcado por el cambio ambiental acelerado, lo que algunos han dado en llamar Antropoceno: una época definida por la huella profunda de la actividad humana sobre los sistemas terrestres (Crutzen y Stoermer, 2000; Steffen *et al.*, 2007; Waters *et al.*, 2016). Capas de plástico, cemento, radionúclidos, huesos de animales industriales o restos de combustibles fósiles constituyen lo que los geólogos identifican como firmas estratigráficas del Antropoceno: marcas materiales que podrían ser leídas en el futuro como evidencia de la transformación planetaria causada por los humanos (Zalasiewicz, 2017), o como también se ha apuntado, por ciertos regímenes civilizatorios, como el capitalismo fósil-colonial (Malm, 2016; Moore, 2017). Una forma de herencia que ninguna generación futura eligió, pero con la que tendrá que vivir.

De manera crucial, los procesos que caracterizan el Antropoceno también han quedado inscritos en los fondos lacustres. El registro lacustre del lago de Pátzcuaro da cuenta de cambios climáticos pasados y una prolongada historia de transformaciones humanas en el paisaje. Indicadores como polen de maíz, carbón, diatomeas y elementos asociados al material edáfico han sido interpretados como señales de perturbación y erosión, revelando episodios sucesivos de cambio ambiental inducido por la acción humana, a lo largo de aproximadamente 3500 años (Bradbury, 2000; Metcalfe *et al.*, 2007; O'Hara, 1993). Estos registros evocan paisajes cambiantes bajo la influencia humana y han planteado interrogantes sobre el origen de las transformaciones a gran escala del paisaje en la región (Endfield, 1999; Fisher *et al.*, 2005; Metcalfe *et al.*, 2007).

A la par de esas huellas materiales grabadas en el registro geológico, el Antropoceno deja también firmas en el archivo cultural del cambio ambiental. Imágenes de glaciares en retroceso, costas erosionadas o lagos en retirada se han convertido en emblemas

5 Hacia principios de 1926, se constató que no se había fijado ningún plazo (plazo) para continuar la comisión en el resto del perímetro del lago de Pátzcuaro. En febrero de 1926, se sugirió que no se disponía de personal suficiente para ejecutar estos trabajos, proponiendo esperar a que terminaran los deslindes de lagunas en Jalisco y Colima. En mayo y junio de 1926, se consideró conveniente nombrar una comisión integrada por los ingenieros Pablo Córdova y Alfredo Huerta para estudiar y trazar la curva límite del Vaso. Esta comisión tenía el encargo de demarcar la curva límite del vaso conforme al Decreto Presidencial de octubre de 1922 (AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1796, Folder 25316, f. 159).

visuales de este tiempo. Es lo que el geógrafo David Matless ha denominado lo antroposcénico, un concepto que alude a las formas en que el paisaje se vuelve emblemático del cambio ambiental. La propuesta aprovecha las capacidades conceptuales del paisaje para transitar entre “distintos registros y modos de valor” (Matless, 2017, p. 72), movilizand una comprensión desde la geografía cultural del paisaje como algo simultáneamente material, simbólico y afectivo.

Estos paisajes del Antropoceno también pueden entenderse como parte de los *patrimonios del y en el Antropoceno* (Sterling y Harrison, 2020; Velázquez Marroni, 2025). Esto en la medida en que estamos heredando paisajes marcados por procesos de degradación, pérdida y violencia ambiental. Pero también porque afectan y reconfiguran paisajes, objetos, prácticas y memorias bajo algún régimen de patrimonialización, los cuales adquieren una nueva resonancia cuando sus marcos de interpretación contemporáneos se ven sacudidos, como ocurre en el contexto de la crisis ambiental. Tal es el caso del lago de Pátzcuaro, pero también de otros paisajes emblemáticos que hoy en día enfrentan procesos de deterioro ambiental o sufren los efectos del cambio climático global, como los descritos por Cintia Velázquez Marroni (2025).

Estas escenas de cambio ambiental a las que Matless (2017, 2018) refiere, sin embargo, no son exclusivas de nuestra época, como tampoco lo son las sensibilidades ambientales que hoy las acompañan. A lo largo de la historia, distintas sociedades han sido partícipes de procesos de cambio ambiental y han tenido que dar sentido a sus causas y consecuencias. Mirar hacia escenas ambientales anteriores puede ayudarnos a comprender cómo las imaginaciones culturales del cambio han precedido desde hace mucho tiempo nuestra crisis actual. Sequías, inundaciones, desecamientos o deforestaciones fueron interpretados en su tiempo como signos de progreso, advertencias de decadencia o pruebas de la capacidad humana para ordenar y dominar la naturaleza. Tales interpretaciones no solo marcaron las respuestas políticas y técnicas de cada época, sino que también configuraron modos de ver que hoy reaparecen en el lenguaje de la crisis ambiental contemporánea.

Lo antroposcénico —como marco para leer los paisajes del cambio ambiental— se encuentra profundamente ligado a lo que se ha denominado *historia anticipatoria*, entendida como una forma de anticipación desde la experiencia pasada (DeSilvey, 2012; DeSilvey y Harrison, 2020). Una propuesta originalmente planteada por el historiador Reinhart Koselleck (2018[2000]), se centra en una historiografía atenta a los horizontes de expectativa y la multiplicidad temporal. Su argumento es que el pasado y el futuro no son conceptos estáticos, sino que están interconectados en un proceso dinámico de construcción de significado. Así, nuestras percepciones del futuro se moldean a partir de las esperanzas, temores y visiones heredadas de generaciones anteriores, así como de los eventos históricos que han configurado nuestro presente. De ahí que, para DeSilvey (2012), el proyecto de la historia anticipatoria se sitúe en la intersección del futuro imaginado y el

pasado imaginado.

La reaparición de estas escenas de cambio ambiental en distintos momentos históricos abre la posibilidad de conectar distintas temporalidades de la experiencia humana del cambio ambiental. Desde esta perspectiva, ciertos paisajes —como aquellos marcados por el retroceso del agua o la erosión costera— permiten una conversación entre pasado y futuro, o entre el paisaje presente y el pasado, al dejar al descubierto capas sedimentadas que remiten a otras temporalidades (DeSilvey, 2025; Matless, 2018). En otras palabras, las historias pasadas del cambio ambiental anticipan las narrativas con las que hoy interpretamos la crisis climática. Su estudio permite reconocer continuidades, advertencias y modos alternativos de relación con la transformación ecológica.

En este sentido, el descenso del lago de Pátzcuaro no solo remite a una transformación hidrológica, sino a un momento de revelación, donde aquello que había permanecido sumergido vuelve a hacerse visible y exige ser interpretado. Los paisajes de descenso o retroceso actúan como archivos materiales de la memoria climática, cuya reaparición reactiva la memoria de otros descensos y crisis previas, permitiendo leer el presente a la luz de esas repeticiones. En la década de 1920, dicho proceso reveló memorias sumergidas, paisajes ausentes, múltiples territorialidades y formas no lineales de pensar el pasado. Es desde esta perspectiva que los episodios de Erongarícuaro y Jarácuaro permiten explorar cómo el descenso del agua hace emerger presencias espectrales, archivos alternativos y formas de anticipación.

Erongarícuaro: rastros, espectros y anticipación

La delimitación de la Zona Federal en la orilla cercana a Erongarícuaro fue un proceso singular que se enfrentó a múltiples dificultades, entre ellas, la ausencia de registros confiables sobre los niveles históricos del lago. La metodología oficial establecía que la Zona Federal abarcaba una franja de 10 metros a partir de la *curva límite de las más altas aguas*. Sin embargo, los informes de los ingenieros comisionados documentan la imposibilidad de aplicar este criterio con rigor debido a la ausencia de datos. No existían registros fiables ni series históricas que permitieran establecer cuál había sido esa *máxima crecida* en el pasado. En consecuencia, el acto técnico de medir se transformó en un ejercicio de recuperación de memoria.

Ante esta situación, los/as ingenieros/as tuvieron que recurrir al testimonio oral de los/las habitantes ribereños/as y la lectura atenta de los rastros materiales expuestos por el descenso del agua, en una especie de arqueología involuntaria del paisaje. Cercas sumergidas, muros cubiertos de salitre, restos de antiguos embarcaderos, las marcas de erosión en las rocas y árboles antes sumergidos que ahora volvían a hacerse visibles, funcionaron como indicios de un pasado lacustre reciente, pero también como señales de formas de habitar y usar el lago que ya no estaban presentes (AHA, Fondo Aprovechamientos Superficiales, Caja 265, Folder 6380; Fondo Aguas Nacionales, Caja 1796, folder

25316, f. 159).

Estos restos materiales del pasado no ofrecían una imagen única del lago, pero condensaban memorias del mismo, evocando experiencias cotidianas ligadas a los lugares que el agua había dejado atrás. Esta capacidad del paisaje para retener las huellas del pasado encarna la cualidad espectral de la ausencia dentro de la presencia, huellas materiales de vidas y relaciones pasadas que siguen afectando el presente (Tsing *et al.*, 2017). Esta lectura dialoga con la noción clásica del paisaje como palimpsesto, compuesto por escrituras superpuestas, estratos sedimentados de tiempo y huellas que nunca se borran del todo. En este sentido, el paisaje funciona como depósito de memoria, registrando las historias de nuestras interacciones pasadas con el entorno y acumulando capas de significado.

Lo anterior también da cuenta de la capacidad afectiva del paisaje o, con mayor precisión, de la fuerza generadora del cambio ambiental. Los procesos de cambio ambiental, apunta Matless (2017), “no solo marcan pérdida, sino que también pueden señalar recuperación, un pasado antiguo expuesto para la resonancia presente” (p. 368). En el caso de los cuerpos de agua, su memoria suele hacerse visible a través de procesos de pérdida y degradación. Cuando el nivel desciende, lo que estaba hundido reaparece de forma inquietante, a veces bajo registros que rozan lo macabro. Como sugiere Smith (2021), estas emergencias no restituyen el pasado de manera plena, sino que lo hacen bajo la forma de presencias perturbadoras.

En Erongarícuaro, una de las primeras señales del descenso del lago fue la reaparición parcial de un ahuehuete en la orilla. El 6 de enero de 1920, al intentar recuperar el cuerpo de una persona ahogada, los vecinos que observaban la superficie del agua desde un muelle cercano vieron lo que creyeron era el sombrero del náufrago. Al acercarse, descubrieron que no se trataba de un cadáver, sino del tronco de un árbol que comenzaba a emerger tras años de permanecer sumergido. El hallazgo no reveló un cuerpo, pero sí produjo un efecto inquietante: la constatación material de que el lago estaba retrocediendo y que aquello que había quedado fuera de la vista comenzaba a volver.

El descenso del lago no solo activó rastros locales, también reactivó memorias de otros descensos y crisis previas, permitiendo leer el presente a la luz de esas repeticiones. El recuerdo de la reciente desecación de la Ciénega de Zacapu, al norte del lago de Pátzcuaro, fue uno de ellos. Entre 1895 y 1907, alrededor de 12.000 hectáreas de lagunas y pantanos fueron desecadas en la Ciénega de Zacapu por una empresa de capital privado, marginando a las comunidades indígenas ribereñas, cuya situación ya era precaria (Guzmán Ávila, 1985; Reyes García, 1991). Las haciendas ocuparon rápidamente las tierras ganadas al agua, en detrimento de poblaciones que hasta entonces habían vivido de la pesca y del uso común de los humedales, y condujo a la concentración de la propiedad de la tierra en esta zona.

Este antecedente alimentó asociaciones inmediatas con lo que comenzaba a ocurrir en el lago de Pátzcuaro. Estas memorias, más que simples recuerdos individuales de ex-

periencias personales, eran memorias sociales —o, como las denomina Griffiths (2014), *memorias protésicas y morales*— transmitidas y repetidas por generaciones posteriores. No se trataba de una experiencia vivida directamente por quienes observaban el descenso en la década de 1920, sino de una presencia que circulaba como advertencia sobre los efectos sociales del cambio ambiental; un recordatorio inquietante de un pasado que podía repetirse. Esa memoria también influyó en la manera en que algunas comunidades interpretaron el descenso en el lago de Pátzcuaro, atribuyéndolo directamente a las obras de desecación emprendidas en Zacapu⁶.

En este contexto, la presencia espectral de la Ciénega de Zacapu en el lago de Pátzcuaro funcionó como un poderoso vector político y social, porque al evocarse ese lago ausente se convocaba al mismo tiempo la memoria y las demandas del agrarismo. En otras palabras, Zacapu era más que un lago desecado, era un símbolo cargado de luchas agrarias que se proyectaban sobre el lago de Pátzcuaro. En ese sentido podemos decir que el recuerdo de este lago ausente, pero también las demandas del agrarismo y las promesas de la revolución formaban parte de las presencias espectrales que recorrían el paisaje lacustre.

La cerca de una hacienda vecina, la hacienda de Carichero, que se extendía trescientos metros dentro del lago y tenía un desnivel de dos metros, fue otro de los vestigios que se utilizó para calcular el límite mínimo del lago. A la vez que hablaba del cercamiento de los terrenos del lago por las haciendas locales en el pasado. En conjunto, la persistencia de estos restos del pasado dio lugar a lecturas divergentes. Para los habitantes del pueblo, confirmaban memorias de uso y conflicto; para el agrimensor, constituían puntos de referencia para intentar establecer la línea de límite. La posterior construcción de “mojoneras” de mampostería para marcar los linderos representó el intento del Estado por fijar en piedra y cemento una frontera que la naturaleza y la memoria social sabían móvil.

En medio de todo ello, la oposición de los terratenientes al levantamiento de la orilla representó un obstáculo importante para la delimitación de la zona federal, pues retiraban las marcas colocadas y borraban los rastros materiales de la misma. Además, insistían en que era el lago el que invadía su propiedad y no a la inversa. Sin embargo, este no fue el único impedimento. Los agrimensores también señalaron que, dado que los mojones se colocaban en tierras cultivadas, corrían el riesgo de ser dañados o retirados accidentalmente. Además, observaron que la naturaleza móvil del lago podía hacer que eventualmente transgrediera los límites establecidos y cubriera estas marcas bajo sus aguas (AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1796, Carpeta 25316, 159). De esta manera, todos los informes técnicos resultantes reconocen la dificultad de establecer un límite claro; pues, ¿cuál es la orilla de un lago que ha tenido tantas orillas?

En este sentido, la dificultad aparentemente técnica de fijar la orilla revela algo más profundo: el paisaje como una forma de herencia inestable. Un espacio de fricción donde

6 Véase la carta del comité agrarista local al Srio. de Agricultura del 21 de marzo de 1923 (AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 4418, Folder 58225, f. 6).

se hacen visibles las tensiones entre la mirada técnica del Estado y la experiencia cotidiana de quienes habitan un paisaje que no permanece. Aquello que se hereda —el territorio, las marcas del agua, las memorias del lago— no se presenta, en este caso, como un bien patrimonial fijo, sino como un archivo cambiante, compuesto por capas superpuestas y retornos parciales.

Jarácuaro: archivo, pertenencia y persistencia

El caso de la Comunidad Indígena de la Isla de Jarácuaro tomó un rumbo distinto al de Erongarícuaro. En el contexto del descenso del nivel del lago, Jarácuaro presentó una solicitud ante la Secretaría de Agricultura y Fomento para aprovechar los terrenos que estaban emergiendo en las inmediaciones de la isla. El problema central que motivó la solicitud fue la insuficiencia de tierras cultivables en la isla para satisfacer las necesidades alimentarias de su población. Las tierras solicitadas correspondían a las islas de La Pastora (3 ha), Tarerio (2 ha) y Zururucua (2.5 ha), las cuales, anticipaban, quedarían al descubierto a medida que descendiera el nivel del lago de Pátzcuaro.

La solicitud de autorización para ocupar las nuevas tierras emergentes —destinadas al cultivo de maíz, trigo y frijol— respondía así a una necesidad urgente, pero también a una lectura atenta del paisaje en transformación, que anunciaba un futuro que ellos ya habían visto. De esta manera, a diferencia de otras peticiones, la solicitud de Jarácuaro no reclamaba tierras existentes, sino terrenos emergentes o “por descubrirse”. Para contrarrestar la precariedad de una solicitud sobre tierras aún inexistentes, la comunidad ancló su petición en la legitimidad inmemorial, presentando pruebas documentales de su dominio ancestral.

Aunque la solicitud fue finalmente rechazada por las autoridades por “extemporánea”, el expediente permitió visibilizar otras formas de relacionarse con el territorio y el pasado, así como una concepción distinta de la herencia en un paisaje marcado por la transformación. Más allá del resultado administrativo, lo significativo de su solicitud radica en los documentos que acompañaron la petición. Junto con el escrito formal, la comunidad presentó una copia de un título de dominio fechado en 1522 —transcrito en

propia existencia del Estado y su marco legal.

En este contexto, cabe la pena destacar que, al igual que en otras narraciones indígenas, los eventos narrados en el título primordial presentan diferencias importantes respecto a la cronología autorizada de los acontecimientos, personajes y lugares del pasado purhépecha. Sin embargo, estas diferencias no son únicamente cuestión de omisiones y confusiones, sino también de ajustes deliberados para adaptar los contenidos a las nuevas realidades y necesidades de sus usuarios.

El croquis que acompañaba al título traslada esta narración al plano espacial. Lejos de limitarse a señalar la ubicación de la isla y sus alrededores, el mapa estaba densamente anotado con referencias a las hazañas y acciones de los ancestros, las mismas que aparecían narradas en el título primordial. A través de estas inscripciones, el croquis mostraba el lago como un espacio narrado: cada anotación vinculaba un lugar específico del lago con un acontecimiento del pasado, inscribiendo la memoria colectiva directamente en el paisaje. De esta manera, dichos documentos no sólo funcionaron como pruebas de lo que la comunidad entendía como su derecho ancestral sobre esas tierras, sino como expresiones de una memoria colectiva anclada en hitos paisajísticos. En este sentido, tanto el croquis como el título daban cuenta de una mirada distinta sobre el pasado: la de un *pasado presente*, inscrito en el paisaje.

En el croquis, además, Jarácuaro aparece representado en el centro del lago, como el eje desde el cual el paisaje adquiere sentido, evocando los mapas coloniales de tradición indígena que Alejandra Russo (2005) ha denominado *mapas circulares*, porque para leerlos desde afuera es necesario girarlos constantemente o girar uno mismo alrededor de ellos⁸. Islas, cuerpos de agua y extensiones lacustres se disponen en relación con la isla habitada, configurando una mirada inmersa en el paisaje, propia de quienes lo recorren, lo usan y lo recuerdan desde dentro. Esta organización espacial contrasta con las representaciones técnicas producidas por el Estado, que observan el lago desde una posición distante: desde afuera y desde arriba.

El resurgimiento de estos documentos —entendidos como expresiones de prácticas espaciales e históricas indígenas— en el contexto del descenso del lago, evidencia la persistencia de otras formas de comprender el mundo que, al reaparecer, cuestionan los regímenes dominantes de representación y ponen en evidencia lo que Clifford (2013) describe como la persistencia indígena frente a narrativas de progreso que anticipaban su desaparición. En el caso del lago de Pátzcuaro vemos que, lejos de desvanecerse, las culturas indígenas persistieron y emergieron en momentos críticos para defender el usufructo de la tierra, subrayando que es el ejercicio de la memoria lo que rescata posibles

8 Los mapas indígenas-coloniales descritos por Russo (2005) formaban parte de los títulos primordiales, cuya función era verificar la existencia de sus territorios para su posterior defensa. Estos mapas se caracterizaban por combinar tradiciones culturales indígenas y europeas. El croquis de Jarácuaro muestra un dinamismo similar al señalado por Russo, en tanto la disposición de sus elementos es circular, como si hubiera un observador en el centro.

otras historias de entre los escombros. Así pues, lejos de haber quedado atrás, el pasado reemerge y se proyecta hacia el futuro, como da cuenta la nota final que acompaña la copia del título de Jarácuaro.

Los naturales de Jarácuaro desendientes y vasallos de nuestro Rey y Sr. natural que fué y nos dejó esta memoria tierna de sus amorosos conatos, y guardamos este precioso depósito que ba pasando a nuestros menores y cuanto el tiempo lo va consumiendo lo hacemos copiar y reformar de modo que se entienda y encargamos a nuestro subcesores lo hagan así y lo garden con el acatamiento debido a la respetable memoria de nuestro amantísimo Rey, sin permitir que ningún papel de los originales ni la copia se pierdan. (AHA, Fondo Aprovechamientos Superficiales, Caja 4419, Folder 58243, f. 6-7)

Desde esta perspectiva, el caso de Jarácuaro permite volver sobre la pregunta que atraviesa esta sección: ¿cómo heredar un paisaje que no permanece? La nota antes citada describe el título primordial como un “precioso depósito” que debe ser copiado y reformado conforme el tiempo lo consume, anticipando su propio desgaste material y la necesidad de prácticas continuas de cuidado y actualización para asegurar su transmisión. Esta concepción revela una forma de entender la herencia no como preservación intacta del pasado, sino como una práctica viva, sujeta al desgaste, a la reinterpretación y al cuidado constante.

En conjunto, el episodio histórico aquí examinado ofrece claves para pensar un presente marcado por el cambio ambiental global y por la persistencia de desigualdades históricas. Los reclamos indígenas de restitución de tierras, pertenencia y soberanía que se articularon con fuerza durante el descenso de la década de 1920, reaparecen, bajo distintas formas, en contextos contemporáneos de crisis ambiental. Como entonces, los procesos de transformación ecológica tienden a intensificar disputas por el territorio, a reactivar amenazas de despojo y a poner en evidencia los límites de los marcos estatales para reconocer otras formas de relación con la tierra.

Entre pérdida y legado

En la década de 1920, el descenso en el nivel del lago dejó al descubierto algo más que tierras. El retroceso del agua hizo visibles cercas, muros, antiguos embarcaderos, marcas de erosión y árboles antes sumergidos, activando memorias locales sobre usos pasados del lago. Al mismo tiempo, este evento reactivó memorias territoriales indígenas y permitió que documentos y mapas del pasado reaparecieran como herramientas para reclamar pertenencia y continuidad. Cuando en 2024 las aguas del lago de Pátzcuaro volvieron a descender, las orillas revelaron nuevamente algo más que su lecho agrietado. Como en el pasado, los objetos que emergieron encarnaron simultáneamente la pérdida heredada y el legado expuesto.

En medio de narrativas antroposcénicas de catástrofe, ruina y duelo ambiental,

emergieron restos materiales diversos: llantas, botellas, plásticos. Junto a ellos, aparecieron fragmentos más antiguos. En los trabajos de dragado y desazolve realizados en las proximidades de la isla de Janitzio —a inicios de mayo de 2024— se localizó una *tepari* de gran tamaño (14.80 m de longitud) hundida con su carga de leña, que llevaba desde Erongarícuaro hacia la isla. En la zona adyacente al hallazgo se recuperó asimismo una colección de huesos humanos trabajados —predominantemente fémures ranurados—, además de numerosos fragmentos cerámicos y objetos líticos que se piensa fueron arrojados al lago como ofrendas en la época prehispánica (Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2024).

A diferencia de los primeros, estos restos materiales fueron leídos de inmediato como patrimonio arqueológico. Su interpretación se inscribió sin dificultad en un régimen de patrimonialización convencional, activando protocolos de resguardo y discursos de valor histórico. Leídos desde el marco estatal del patrimonio, encajaron en categorías ya establecidas que prescriben con claridad qué hacer con ellos —inventariarlos, trasladarlos a un museo, integrarlos a narrativas históricas reconocibles—. Los otros, en cambio, fueron rápidamente clasificados como residuos de un presente incómodo, sin valor aparente, cuya eliminación parecía no requerir mayor reflexión, evidenciando una tensión entre patrimonio y desecho, rescate y exclusión, que Pétursdóttir y Olsen (2016) han descrito como central a las prácticas patrimoniales modernas.

En el caso del lago de Pátzcuaro, esta lectura diferencial abre una pregunta fundamental: ¿por qué ciertos restos son rápidamente validados como patrimonio, mientras que otros quedan relegados al estatuto de desecho, a pesar de que todos ellos son testimonios materiales de la historia humana en el lago? Lo anterior apunta a una jerarquía de valor profundamente arraigada en las prácticas patrimoniales, que tienden a privilegiar aquellos restos que encajan en narrativas positivas del pasado —orígenes, antigüedad, monumentalidad— mientras excluyen aquellos que remiten a degradación, consumo, desecho o daño (Harrison, 2013). Sin embargo, si se los observa desde una sensibilidad antropológica, ambos conjuntos de restos pueden entenderse como parte de una misma herencia material del cambio ambiental: signos de un presente en transformación.

A diferencia de otros patrimonios que suelen celebrarse como herencias culturales positivas, la mayoría de estos legados se inscriben en la categoría de patrimonio difícil o negativo (Storm, 2020; Velázquez Marroni, 2025). Herencias vinculadas con experiencias de pérdida, daño, violencia u opresión, que desafían las narrativas celebratorias del pasado y cuya memoria resulta incómoda y difícil de reconciliar con una identidad contemporánea positiva (Logan y Reeves, 2009). Esta propuesta se podría vincular con lo que Reinhart Koselleck (2000[2018]) llamaba *memoria negativa*: una forma de recordar que no busca reconciliar el pasado ni integrarlo en una narrativa de sentido, sino mantener abierta la conciencia de la pérdida, el daño y la violencia que lo atraviesan. En el contexto del Antropoceno, estas memorias difíciles se expresan en las huellas materiales y culturales del cambio ambiental,

las cuales nos confrontan con los costos acumulados de la transformación planetaria.

Mirados desde el diálogo temporal, ambos episodios, permiten repensar los valores atribuidos a los paisajes en transformación. ¿Qué pasa con los paisajes y objetos ya patrimonializados en esta época de cambio ambiental? ¿Cómo cambia su sentido y estatus? ¿De qué modo afecta la manera en la que entendemos lo que es importante, valioso o digno de conservar? La *tepari*, los huesos y los restos cerámicos que emergieron con el descenso del nivel en 2024 son objetos que portan una carga temporal densa. Remiten a prácticas de navegación, naufragios, usos rituales del lago y paisajes ausentes. Sin embargo, en tanto objetos que emergen a partir del cambio ambiental contemporáneo —desencadenado por sequías, alteraciones ecológicas y transformaciones climáticas—, constituyen también patrimonios del Antropoceno que no encajan plenamente en los marcos patrimoniales tradicionales. No estaban destinados a ser hallados en este momento, sino que reaparecieron como consecuencia del colapso ambiental.

Lo significativo es que, aun cuando los restos arqueológicos emergieron en un contexto de crisis ambiental, su interpretación permaneció anclada exclusivamente en valores positivos del pasado. De este modo, el colapso que los hace visibles no se incorpora a su significado: lo que se preserva es una memoria depurada, desligada del daño que acompaña su emergencia. Esta operación revela el carácter selectivo de las prácticas patrimoniales, que no solo distinguen entre restos valiosos y desechables, sino que deciden qué dimensiones del pasado son recordables y cuáles deben permanecer fuera del campo de la memoria.

Desde esta perspectiva, resulta pertinente preguntarse qué habría pasado si los otros restos —las llantas, los plásticos, las botellas— no hubieran sido descartados de inmediato como residuos sin valor, sino asumidos también como parte de la herencia del pasado. No para ser celebrados ni monumentalizados, sino para abrir una reflexión crítica sobre los modos de vida que los produjeron y las formas en que persisten. Los paisajes del Antropoceno, plantean la pregunta ¿cómo valorar el pasado en su complejidad, sin atender únicamente a sus significados positivos o negativos? ¿Cómo hacer que hablen desde su condición ambigua? Como apunta Rodney Harrison (2015, 2018, 2021), el patrimonio en y del Antropoceno exige un *giro ontológico*: una apertura a otras formas de hacer mundo y conservar, no solo acumulando restos, sino escuchando lo que esos restos nos dicen sobre la relación entre pasado, presente y futuro.

Referencias bibliográficas

- Aguilera Lara, Jahzeel (2022). Conservation policies, scientific research and the production of Lake Pátzcuaro's naturecultures in Postrevolutionary México (1920–1940). *Journal of Historical Geography*, 77, 1–12. <https://doi.org/10.1016/j.jhg.2022.04.001>
- Bernal-Brooks, Fernando W.; Gomez-Tagle Rojas, Alberto y Alcocer, Javier (2002). Lake Pátzcuaro (Mexico): a controversy about the ecosystem water regime approached by

field references, climatic variables, and GIS. *Hydrobiologia*, 467(1), 187-197. <https://doi.org/10.1023/A:1014919032228>

- Bradbury, J. Platt. (2000). Limnologic history of Lago de Patzcuaro, Michoacan, Mexico for the past 48,000 years: impacts of climate and man. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, 163(1-2), 69-95. [https://doi.org/10.1016/S0031-0182\(00\)00146-2](https://doi.org/10.1016/S0031-0182(00)00146-2)
- Clifford, James. (2013). *Returns: Becoming Indigenous in the Twenty-First Century*. Harvard University Press.
- Crutzen, Paul J. y Stoermer, Eugene F. (2000) The Anthropocene. *Global Change Newsletter*, 41, 17-18. https://doi.org/10.1007/978-3-030-82202-6_2
- Guzmán Ávila, José Napoleón (1985). La desecación de la ciénaga de Zacapu: orígenes y consecuencias. *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, (6), 26-37.
- DeSilvey, Caitilin (2012). Making sense of transience: an anticipatory history. *Cultural Geographies*, 19(1), 31-54. <https://doi.org/10.1177/1474474010397599>
- DeSilvey, Caitilin y Harrison, Rodney (2020). Anticipating loss: rethinking endangerment in heritage futures. *International Journal of Heritage Studies*, 26(1), 1-7. <https://doi.org/10.1080/13527258.2019.1644530>
- DeSilvey, Caitilin (2025). Heritage lost and found: cruel optimism and climate futures. En Bjørnar Olsen, Stein Farstadvoll y Geneviève Godin (Eds.), *Unruly heritage: archaeologies of the Anthropocene* (pp 75-90). Bloomsbury Academic.
- Endfield, Georgina H. y O'Hara, Sarah L. (1997). Conflicts over water in 'the little drought age' in central Mexico. *Environment and History*, 3(3), 255-272. <https://doi.org/10.3197/096734097779555863>
- Endfield, Georgina H. y O'Hara, Sarah L. (1999). Degradation, drought, and dissent: an environmental history of colonial Michoacán, west Central Mexico. *Annals of the Association of American Geographers*, 89(3), 402-419. <https://doi.org/10.1111/0004-5608.00155>
- Fisher, Cristopher T. (2005). Demographic and landscape change in the Lake Pátzcuaro basin, Mexico: abandoning the garden. *American Anthropologist*, 107(1), 87-95. <https://doi.org/10.1525/aa.2005.107.1.087>
- Florescano, Enrique (2002). El canon memorioso forjado por los títulos primordiales. *Colonial Latin American Review*, 11(2), 183-230. <https://doi.org/10.1080/10609160022000023350>
- Garduño-Monroy, Víctor H.; Soria-Caballero, Diana C.; Israde-Alcántara, Isabel; Hernández Madrigal, Víctor M.; Rodríguez-Ramírez, Alejandro; Ostroumov, Mikhail y Mora-Chaparro, Juan Carlos (2011). Evidence of tsunami events in the Paleolimnological record of Lake Pátzcuaro, Michoacán, Mexico. *Geofísica internacional*, 50(2), 147-161.
- Greenberg, James B. (1989). *Blood ties: Life and violence in rural Mexico*. University of Arizona Press.
- Griffiths, Hywel M. (2014). Water under the bridge? Nature, memory and hydropolitics. *Cultural Geographies*, 21(3), 449-474. <https://doi.org/10.1177/1474474013510109>
- Harrison, Rodney (2013). *Heritage: Critical Approaches*. Routledge.
- Harrison, Rodney (2015). Beyond “natural” and “cultural” heritage: Toward an ontological politics of heritage in the age of Anthropocene. *Heritage & society*, 8(1), 24-42. <https://doi.org/10.1179/2159032X15Z.00000000036>

- Harrison, Rodney (2018). On heritage ontologies: Rethinking the material worlds of heritage. *Anthropological Quarterly*, 91(4), 1365-1383. <https://doi.org/10.1353/anq.2018.0068>
- Harrison, Rodney (2021). *Legacies: Rethinking the futures of heritage and waste in the Anthropocene*. Routledge.
- Koselleck, Reinhart (2018). *Sediments of time: On possible histories*. Stanford University Press.
- Logan, William S. y Reeves, Keir (Eds). (2009). *Places of Pain and Shame: Dealing with "Difficult Heritage"*. Routledge.
- Malm, Andreas (2016). *Fossil Capital: The Rise of Steam Power and the Roots of Global Warming*. Verso.
- Matless, David (2017). The anthroposcenic. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 42(3), 363-376. <https://doi.org/10.1111/tran.12173>
- Matless, David (2018). Next the sea: Eccles and the Anthroposcenic. *Journal of Historical Geography*, 62, 71-84. <https://doi.org/10.1016/j.jhg.2018.05.013>
- Metcalfe, Sarah y Davies, Sarah (2007). Deciphering recent climate change in central Mexican lake records. *Climatic Change*, 83(1), 169-186. <https://doi.org/10.1007/s10584-006-9152-0>
- Metcalfe, Sarah E.; Davies, Sarah J.; Braisby, John D.; Leng, Melamie J.; Newton, Anthony J.; Terrett, Nicola L. y O'Hara, Sarah L. (2007). Long and short-term change in the Pátzcuaro Basin, central Mexico. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, 247(3-4), 272-295. <https://doi.org/10.1016/j.palaeo.2006.10.018>
- Moore, Jason W. (2017). *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism*. PM Press.
- O'Hara, Sarah L. (1993). Historical evidence of fluctuations in the level of Lake Pátzcuaro, Michoacán, Mexico over the last 600 years. *Geographical Journal*, 51-62. <https://doi.org/10.2307/3451489>
- Olsen, Bjørnar y Pétursdóttir, Þóra (2016). Unruly Heritage: Tracing Legacies in the Anthropocene. *Arkæologisk Forum*, 35, 38-45.
- Oudijk, Michel R. y Romero Frizzi, María de los Ángeles (2003). Los títulos primordiales: un género de tradición mesoamericana. Del mundo prehispánico al siglo XXI. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 24(95), 19-48.
- Reyes García, Cayetano (1991). Tierras en la cuenca de Zacapu: del siglo XVI a la reforma agraria. En Cayetano Reyes y Olivier Gougeon, *Paisajes rurales en el norte de Michoacán* (pp 11-51). Centro de estudios mexicanos y centroamericanos. <https://doi.org/10.4000/books.cemca.2444>
- Roskamp, Hans, y Monzón, Cristina (2020). El título primordial tarasco de Tócuaro, Michoacán. *Tlalocan*, 25, 287-342. <https://doi.org/10.19130/iifl.tlalocan.2020.504>
- Russo, Alessandra (2005). *Tierras, espacios y paisajes de la cartografía novohispana, siglos XVI y XVII*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas.
- Smith, James L. (2021). Anxieties of Access: Remembering as a Lake. *Environmental Humanities*, 13(1), 245-263. <https://doi.org/10.1215/22011919-8867296>
- Steffen, Will; Crutzen, Paul J. y McNeill, John R. (2007). The Anthropocene: are humans now overwhelming the great forces of nature. *Ambio-Journal of Human Environment Research and Management*, 36(8), 614-621. <https://doi.org/10.18574/nyu/9781479844746.003.0006>

- Sterling, Colin y Harrison, Rodney (2020). *Deterritorializing the Future: Heritage in, of and after the Anthropocene*. Open Humanities Press.
- Storm, Anna (2020). When we have left the nuclear territories. En Rodney Harrison y Colin Sterling (Eds.), *Deterritorializing the future. Heritage in, of and after the Anthropocene* (pp 318-343). Open Humanities Press.
- Tsing, Anna Lowenhaupt; Bubandt, Nils; Gan, Elaine y Swanson, Heather Anne (Eds.). (2017). *Arts of living on a damaged planet: Ghosts and monsters of the Anthropocene*. U of Minnesota Press.
- Velázquez Marroni, Cintia. (2025). De Glaciares, Ajolotes y Refinerías: Repensar el Patrimonio Cultural en y del Antropoceno. *Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña (HALAC)*, 15(1), 330-368. <https://doi.org/10.32991/2237-2717.2025v15i1.p330-368>
- Wakild, Emily (2011) *Revolutionary parks: conservation, social justice, and Mexico's national parks, 1910-1940*. University of Arizona Press.
- Waters, Colin N.; Zalasiewicz, Jan; Summerhayes, Colin; Barnosky, Anthony D.; Poirier, Clément; Gałuszka, Agnieszka y Wolfe, Alexander P. (2016). The Anthropocene is functionally and stratigraphically distinct from the Holocene. *Science*, 351(6269), aad2622. <https://doi.org/10.1126/science.aad2622>
- Zalasiewicz, Jan (2017). The extraordinary strata of the Anthropocene. En Serpil Oppermann y Serenella Iovino (Eds.) *Environmental humanities: Voices from the Anthropocene* (pp 115-131). Open Humanities Press.

Sitios, páginas web y archivos consultados

- Alís, Krupskaia (17 de abril de 2024). *La sequía en el lago de Pátzcuaro en México deja imágenes desoladoras*. CNN en Español. <https://cnnespanol.cnn.com/2024/04/17/sequia-lago-de-patzcuaro-mexico-trax>
- Archivo Histórico del Agua (AHA). Fondo Aguas Nacionales, Ciudad de México, México.
- Archivo Histórico del Agua (AHA). Fondo Aprovechamientos Superficiales, Ciudad de México, México.
- Instituto Nacional de Antropología e Historia. (2024, 17 de junio). *Descubren vestigios arqueológicos a las orillas de la isla de Janitzio, en Michoacán* (Boletín No. 346). <https://www.inah.gob.mx/images/boletines/2024/346/Boletin%20346.pdf>
- Martínez Elorriaga, Ernesto (11 de enero de 2024). *Sin agua, 70% del lago de Cuitzeo, segundo en extensión del país*. La Jornada. <https://www.jornada.com.mx/noticia/2024/01/11/estados/sin-agua-70-del-lago-de-cuitzeo-segundo-en-extension-del-pais-6589>
- NASA Earth Observatory (4 de mayo de 2021). *La sequía deja sediento a México*. NASA. <https://ciencia.nasa.gov/cambio-climatico/la-sequia-deja-sediento-a-mexico/>
- TV Azteca (20 de febrero de 2024). *A falta de agua, el Lago de Pátzcuaro está en peligro de desaparición*. TV Azteca Noticias. <https://www.tvazteca.com/aztecanoticias/a-falta-agua-el-lago-patzcuaro-esta-en-peligro-desaparicion>

Jahzeel Aguilera Lara

<https://orcid.org/0000-0003-4244-100X>

jaguilera@encit.unam.mx



Es profesora asociada “C” de tiempo completo en la Escuela Nacional de Ciencias de la Tierra de la UNAM. Es doctora en Geografía Humana por la Universidad de Nottingham, Reino Unido; maestra en Geografía, con especialización en Manejo Integrado del Paisaje, y licenciada en Ciencias Ambientales por la UNAM, México. Su trabajo académico se sitúa en la intersección de la geografía cultural y la historia ambiental. Sus intereses incluyen las relaciones entre Estado, naturaleza y nación; la historia de la conservación en México; la relación entre memoria y cambio ambiental. Forma parte del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores de México, en el nivel candidata, y sirve en la mesa directiva de la Sociedad Mexicana de Historia Ambiental. Actualmente lidera el proyecto PAPIIT IA300126 “*Naturaleza, paisaje y nación en el México posrevolucionario*” (2026–2028).